ΣΟΦÍΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

FILÓSOFOS ANTIGUOS Y CRÍTICOS MODERNOS

(CONTINUACIÓN)

La acusación de que los filósofos antiguos sólo generalizaban las cosas, y que en realidad jamás las sometían á sistema alguno, no prueba su «ignorancia», y además es falsa. Habiendo sido revelada toda ciencia al principio de los tiempos por un Instructor *divino,* convirtióse de este modo en sagrada, transmitiéndose únicamente durante los Misterios de la Iniciación. Por lo tanto, ningún filósofo iniciado—como Platón, por ejemplo—tenía el derecho de revelarla. Sentado este hecho, queda explicada la supuesta «ignorancia» de los antiguos sabios y de algunos autores clásicos iniciados. De todos modos, aun una generalización correcta es más útil que cualquiera de los métodos de las Ciencias Modernas, que sólo resultan acabados y completos, gracias á un sinnúmero de «hipótesis» y conjeturas.

La inutilidad práctica relativa de la mayor parte de las indagaciones científicas modernas, se demuestra por el hecho de que, si bien tienen nuestros hombres de ciencia un nombre para designar la partícula más insignificante del mineral, de la planta, del animal y del hombre, los más sabios de aquéllos son incapaces de explicarnos cosa alguna definida, respecto á la

fuerza vital que produce los cambios en aquellos diversos reinos. No es necesario buscar fuera de las mismas obras de nuestras autoridades científicas más eminentes la confirmación de este aserto.

Mucho valor necesita el hombre que ocupa una situación profesional elevada, para hacer justicia á los conocimientos de los antiguos, ante un sentimiento público que sólo se satisface rebajando á los últimos.

Cuando se nos presenta uno de estos casos, nos complacemos en reconocer la honradez y valentía del hombre de ciencia. Así sucede con respecto al profesor Jowett, Rector del Colegio de Baliol, y profesor de Griego en la Universidad de Oxford, quien en la traducción de las obras de Platón, hablando de la «filosofía física de los antiguos, considerada en conjunto», la autoriza del modo siguiente: 1.° «La teoría de la nebulosa era la creencia corriente de los físicos primitivos.» No podía, por lo tanto, estar fundada en el descubrimiento hecho con el telescopio por Herschel I, como afirma Draper (1). 2.° «El desarrollo de los animales evolucionando de las ranas que vinieron á la tierra, y del hombre evolucionando de los animales, era una teoría sostenida ya por Anaxímenes en el siglo VI antes de Cristo.» Pudiera haber añadido el profesor Goroete que esa teoría existía ya muchos miles de años antes de Anaxímenes, por ser una doctrina conocida de los Caldeos, quienes la enseñaban *exotéricamente* en sus cilindros y tablas, y *esotéricamente* en los templos de Ea y Nebo—el Dios y Profeta—revelador de la Doctrina Secreta (2). Pero en ambos casos las afirmaciones son *velos*. Anaxímenes, discípulo de Anaximandro, que era amigo y discípulo de Tales de Mileto, el jefe de los «Siete Sabios», y los tres iniciados, entendía por «animales» algo distinto de los animales de la teoría Darwiniana moderna. Seguramente, los hombres con cabeza de águila, y los animales de varias clases con cabeza humana, pueden indicar dos cosas: la descendencia del hombre de los animales, y la descendencia de los animales del hombre, como enseña la Doctrina Esotérica. De todas maneras

---

(1) *Conflict betwen, Religion and Science* pág. 240.

(2) «La Sabiduría de Nebo, del Dios instructor mío, todo excelencia», dice el versículo VII en la primera tabla, que describe la generación de los dioses y la creación.

vemos que aun las teorías más importantes de la época actual, no son enteramente originales de Darwin. Trata el profesor Jowett de demostrar «que la tierra estaba considerada hasta por Filolao y los primeros pitagóricos, como un cuerpo semejante á las demás estrellas que giran por el espacio». Así es que Galileo—estudiando algunos fragmentos pitagóricos que, según demuestra Reuchlin, aún existían en tiempo del matemático florentino (1): estando familiarizado además con las doctrinas de los antiguos filósofos, sólo resucitó una doctrina astronómica que prevaleció en la India en la más remota antigüedad. 3.° «Pensaban los antiguos que existía un sexo en las plantas como en los animales.» Así, pues, nuestros naturalistas modernos no tuvieron más que seguir las huellas de sus predecesores. 4.° «Las notas musicales dependían de la longitud ó tensión relativa de las cuerdas que los emitían, y se medían con relaciones numéricas. 5.° «Las leyes matemáticas llenaban el mundo, y se suponía que hasta las mismas diferencias cualitativas tenían su origen en los números.» 6.° «Negaban la aniquilación de la materia que consideraban sólo como una transformación.» «Si bien podría suponerse que uno de estos descubrimientos debía atribuirse á una feliz casualidad»—añade el profesor Jowett—«difícilmente podemos atribuirlos todos á simples coincidencias». Creemos que no; pues por lo que en otro lugar dice, el profesor Jowett nos autoriza plenamente á creer que Platón revela (como en realidad lo hace) en *Timeo*, sus conocimientos acerca de la indestructibilidad de la Materia, de la conservación de la energía y de la correlación de las fuerzas. Dice el profesor Jowett:

«La última palabra de la filosofía moderna, es la continuidad y el

(1) Afirman algunos kabalistas que las sentencias griegas pitagóricas originales de Sexto, que según dicen se han perdido, existían en aquel tiempo en un convento de Florencia, y que Galileo conocía esos escritos. Añaden, además, que Galileo estaba en posesión de un tratado de Astronomía, un manuscrito debido á Architas, discípulo directo de Pitágoras, en el que estaban anotadas todas las doctrinas más importantes de su escuela. Si algún Rufino se hubiese apoderado de ese manuscrito, sin duda alguna lo hubiese alterado, como el Presbítero Rufino alteró las sentencias de Sexto arriba mencionadas, reemplazándolas por una versión fraudulenta que trató de atribuir á cierto Obispo llamado Sexto.

Véase la introducción de Taylor, á la *Vida de Pitágoras*, de Jámblico, pág. 17.

desarrollo; *pero esto es para Platón el principio y la base de la Ciencia* (1).

En una palabra: en la filosofía Platónica imperaba el orden, el sistema y la proporción; abarcaba la evolución de los mundos y de las especies, la correlación y conservación de la energía, la transmutación de la forma material y la indestructibilidad de la Materia y del Espíritu.

La posición de los Platónicos respecto á este último punto, aventajaba con mucho á la Ciencia Moderna, y cerraba el arco de su sistema filosófico con una clave maestra, á la vez perfecta é inmutable.

Finalmente, pocos negarán la influencia enorme que las opiniones de Platón ejercieron en la formación y aceptación de los dogmas del Cristianismo. Mas las creencias de Platón eran las de los Misterios. Las doctrinas filosóficas que en ellos se enseñaban, son la prolífica fuente de la que surgieron todas las antiguas religiones exotéricas, incluso el Antiguo Testamento y en parte el Nuevo, hijas de las nociones más avanzadas de moral y de «revelaciones» religiosas. Mientras se abandonaba el sentido literal al fanatismo de las clases inferiores de la sociedad, no razonadoras, las clases superiores cuya mayoría se componía de Iniciados, continuaban sus estudios en el silencio solemne de los templos, y también seguían rindiendo culto al Dios único del Cielo.

Las especulaciones de Platón en el *Banquete* acerca de la creación de los primeros hombres, y el tratado sobre la Cosmogonía en el *Timeo*, han de interpretarse como alegorías para ser aceptadas. Este sentido oculto pitagórico del *Timeo,* del *Cratilo* y del *Parmenides* y de otras trilogías y diálogos, es el que los Neo-Platónicos se atrevieron á exponer, hasta el punto que les consentía el voto del secreto teúrgico. La doctrina pitagórica que afirma que *Dios es la Mente Universal difundida en todas las cosas,* y el dogma de la inmortalidad del alma, son los rasgos característicos de esas enseñanzas, al parecer extrañas. La devoción de Platón, y la veneración grande que le inspiraban los Misterios, eran suficiente garantía de que no había de permitir á su indiscreción vencer ese profundo sentimiento de responsa-

(1) Introducción á *Timeo*. Diálogos de Platón, I, 590.

bilidad de que todo Adepto está penetrado. Según dice en el *Fedro* (1), «perfeccionándose constantemente en los Misterios perfectos, es únicamente como un hombre se convierte por ellos en verdaderamente perfecto.»

No trató de ocultar su disgusto, porque los Misterios hubiesen llegado á ser menos secretos que en épocas anteriores. En lugar de profanarlos, poniéndolos al alcance de las masas, hubiese querido acultarlos celosamente á todos, excepto á los más dignos de sus discípulos (2). A pesar de mencionar á los Dioses en cada página, su «Monismo Panteísta» es incuestionable, porque el hilo entero de su discurso indica que por el término «Dioses» se refiere á una clase de séres muy inferiores en la escala á la Deidad Única, pero superiores en un grado al hombre externo. Hasta el mismo Josefo percibió y reconoció este hecho, á pesar del prejuicio natural de su raza. En su célebre ataque contra Apión, dice este historiador:

«Sin embargo, aquellos griegos que filosofaban de acuerdo con la verdad, no ignoraban cosa alguna... ni dejaban de darse cuenta de las superficialidades mezquinas de las alegorías mitológicas, por cuya razón las despreciaban con justicia... Inspirado en esto Platón, dice que no debe admitirse á ninguno de los poetas en la república, y rechaza suavemente á Homero, después de haberle coronado y haber derramado ungüentos sobre él, para que no destruyese con sus mitos la creencia ortodoxa, respecto al *Uno* (Deidad)» (3).

Por lo tanto, aquellos que sean capaces de distinguir el verdadero espíritu de la filosofía de Platón, difícilmente se contentarán con la apreciación que en otra parte de su obra somete el profesor Jowett á sus lectores. Nos dice que la influencia ejercida por el *Timeo* sobre la posteridad, es debida, en parte, á una falsa interpretación de los Neo-Platónicos de la doctrina de su autor.

---

(1) Cory: *Phedrus*, I, 328.

(2) El mismo Platón corrobora claramente esta afirmación, cuando dice: «Decís que en mi discurso anterior no os he explicado suficientemente la naturaleza del *Primero*. Hablé intencionalmente de una manera enigmática, á fin de que en caso de sucederle algún percance á la tabla por tierra ó por mar, no fuese capaz ninguna persona sin algún conocimiento previo del asunto, de comprender su contenido.
Platón, *Ep.*, II, pág. 312; Cory, *Ancient Fragments*, pág. 304.

(3) Josefo: *Against-Apion*, II, pág. 1079.

Quisiera hacernos creer que los significados ocultos que ellos encuentran en este diálogo, «difieren completamente del espíritu de Platón».

Esto equivale á suponer que el profesor Jowett comprende lo que era en realidad aquel espíritu, cuando su crítica acerca de este punto especial indica, por el contrario, que de ninguna manera lo penetra. Si, como nos dice, parece que los cristianos encuentran en aquella obra su Trinidad, el Verbo, la Iglesia y la creación del mundo, en un sentimiento judáico, es porque todo esto *está* allí, y por consiguiente, es natural que lo hayan encontrado. El exterior del edificio es el mismo; pero el espíritu que animaba la letra muerta de la doctrina del filósofo ha huído, y en vano lo buscaríamos en los áridos dogmas de la teología Cristiana.

La Esfinge es ahora la misma, igual á lo que era cuatro siglos antes de la Era Cristiana; mas el Edipo ya no existe. Ha muerto, porque ha dado al mundo lo que el mundo no podía recibir por no estar bastante maduro. Él era la encarnación de la verdad, y tenía que morir como toda gran verdad, antes de que, como el Fénix de la antigüedad, reviva de sus propias cenizas.

Todos los traductores de las obras de Platón han observado la extraña semejanza que existe entre la filosofía de las doctrinas Esotérica y Cristiana, y todos ellos han tratado de interpretarla de acuerdo con sus propios sentimientos religiosos.

Así, Cory, en sus *Fragmentos antiguos*, intenta demostrar que sólo se trata de una semejanza externa, y hace cuanto puede para rebajar la mónada pitagórica en la estimación pública, y elevar sobre las ruínas á la deidad antropomórfica posterior. Defendiendo á la primera, Taylor procede tan irrespetuosamente con el Dios Mosaico. Zeller se rie francamente de las pretensiones de los Padres de la Iglesia, quienes, á pesar de la historia y de la cronología, y acéptelo ó no la gente, insisten en que Platón y su escuela han robado al Cristianismo sus rasgos característicos. Afortunadamente para nosotros, y desgraciadamente para la Iglesia Romana, es bastante difícil en nuestro siglo un escamoteo semejante al llevado á cabo por Eusebio. Era más fácil invertir la cronología, «con el propósito de hacer sincronismos», en la época del Obispo de Cesárea, que lo es ahora; y mientras exista la historia, nadie podrá impedir que sepan las gentes que Platón vivió 600 años antes que Ireneo se empe-

fiase en fundar una *nueva* doctrina, sacada de los despojos de la antigua Academia de Platón.

Esta doctrina de la Mente Universal, difundida en todas las cosas, constituye la base de todas las antiguas filosofías. Las enseñanzas del Buddhismo ó de la Sabiduría, que nunca se comprenden mejor que cuando se estudia la filosofía pitagórica—su fiel reflejo—se derivan de aquella fuente, así como la religión Indostánica esotérica y el cristianismo primitivo. El proceso purificador de las reencarnaciones — metempsícosis — aunque groseramente antropomorfizado en una época posterior, debe considerarse tan sólo como una doctrina suplementaria, desfigurada por la sofistería teológica, con el fin de dominar más completamente á los creyentes por medio de una superstición popular. Ni Gautama Buddha, ni Pitágoras, ni tampoco Platón pensaron enseñar esa analogía puramente metafísica de un modo literal. Ninguno de ellos se dirigió á los profanos, sino únicamente á sus secuaces y discípulos, que estaban bien familiarizados con la manera simbólica empleada aún durante la instrucción pública, para dejar de comprender el sentido en que hablan sus respectivos Maestros. Así sabían que las palabras metempsícosis y transmigración, significan sencillamente la reencarnación en diferentes cuerpos humanos, cuando esta doctrina se refería á un *ser humano;* y que las alusiones de tal ó cual sabio, de Pitágoras, por ejemplo, relativas á haber sido una bestia en una existencia anterior, ó de haber transmigrado á un animal después de la muerte, eran alegorías que se relacionaban con los estados espirituales del alma humana. No deben esperar los investigadores de la verdad el encontrar en la letra muerta de la literatura mística sagrada la verdadera solución de sus sutilezas metafísicas. Estas últimas agotan el poder del pensamiento por la profundidad inconcebible de su razonamiento; y jamás está el estudiante más lejos de la verdad, que cuando se cree más próximo á descubrirla. Sólo puede conseguirse dominar todas las doctrinas de los difíciles sistemas Buddhista y Brahmánico, procediendo estrictamente según el método pitagórico y platónico: de lo universal á lo particular.

La clave de aquéllos se halla en las enseñanzas refinadas y místicas del influjo espiritual de la vida divina. «Todo aquel que conoce mi ley y muere en tal estado, ha de volver á la tierra hasta que se convierta en un Samáneo perfecto»—dice Bud-

dha—. Para lograr este objeto, ha de destruir en sí mismo la trinidad de Mâyâ. Debe extinguir sus pasiones, unirse é identificarse con la ley (las enseñanzas de la *Doctrina Secreta)*, y comprender la religión de la aniquilación, ó sea las leyes de la Materia, y las de Karma y de la Reencarnación.

H. P. B.

(Se continuará).

LOS CUADRADOS LLAMADOS MÁGICOS

(Continuación.)

IV.—EL SOL.—☉

El Sol, en el antiguo sistema astronómico, ocupaba un lugar medio entre los planetas. Así, primero se contaban los de gran órbita, luego el Sol, y siguiéndole, se citaban los tres más próximos á la Tierra. Por esto, después de Saturno, Júpiter y Marte, ocupando el cuarto lugar, que precisamente es el sitio medio entre los siete, viene el Sol, como rigiendo á todos los demás ó como el astro rey rodeado de su corte; y le siguen Venus, Mercurio y la Luna.

Los talismanes del Sol, según los antiguos autores que de estas materias han escrito, habían de estar construídos con oro purísimo, y si tenemos esto en cuenta, no nos extrañará no encontrar ninguno de estos talismanes, puesto que su valor habrá sido motivo para haberlos fundido y hecho desaparecer, ya con el fin de construir otras joyas ó para aprovecharse del valor del oro.

No conoceríamos su forma y detalles si no fuera porque Kircher cita en dos de sus obras las siguientes medallas consagradas al Sol como potentísimos talismanes. Refiriéndose á éstos dice en su *Œdipi Ægyptiaci,* vol. III, pág. 446:

«Estos amuletos son formas sagradas (ἱεραχομόρφης) de Osiris, »entre los cuales esta medalla (fig. 25) muestra por una parte »el signo de Leo y por otra un abaco numérico, é indica que ha

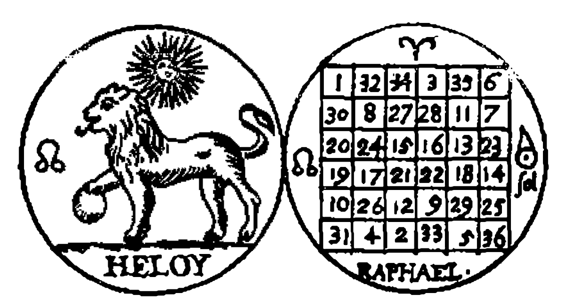


Fig. 25.

»sido forjada cuando el Sol entraba en el signo de Leo, atra- »yendo á HELOY, númen solar, como enseña el mismo carácter »del Sol y de Leo. El abaco numérico está dedicado al Sol, cuya »inteligencia dicen es Raphael, y no es otra cosa este abaco »sino el cuadrado del número denario, tan artificiosamente dis- »puesto, que cada una de las series de los números perpendicu- »lares, transversales y diagonales, sumadas produzcan el mismo »número..... Nota, lector, que esta medalla no es antigua, sino »hecha por astrólogos de los últimos tiempos.»

Indudablemente quiere significar con esto Kircher, que no debemos atribuir á esta medalla una antigüedad que está muy lejos de merecer, pues no fué obra de los antiguos astrólogos, como son los caldeos, etc., sino que era de tiempos muy posteriores, según el estilo y disposición del dibujo, que á las claras nos lo revelan.

Comparemos el abaco de esta medalla con el que para el talismán del Sol nos da Agrippa en su obra citada, y que es como sigue:

6	32	3	34	35	1
7	11	27	28	8	30
19	14	16	15	23	24
18	20	22	21	17	13
25	29	10	9	26	12
36	5	33	4	2	31

Fig. 26.

Del cotejo de este cuadro y el de la figura 25, se descubren notables diferencias. Mientras que el cuadrado de Agrippa es sencillo y de construcción elemental, el de Kircher (fig. 25) ofrece profundas modificaciones. En primer lugar, el cuadrado ha cambiado de posición, invirtiéndose de modo que la derecha viene á ocupar la izquierda, lo cual ocurre con las casillas 1, 5, 6, 7, 8, 11, 15, 16, 17, 21, 22, 25, 26, 29, 30, 31, 33, 34 y 36. En cambio, las casillas 9, 27, 28, 32 y 35 han permanecido en su sitio, mientras que la 19 se ha invertido de arriba á abajo, y las restantes se han modificado, al parecer, de una manera arbitraria.

¿Cuál era la forma verdadera, antigua ú original de este cuadrado?

Ya hemos dicho que la disposición más sencilla y elemental es la presentada en la figura 26; pero también hemos de fijar nuestra atención en que esta distribución de cifras que da Agrippa empieza por la izquierda, recordándonos lo que ya citamos antes referente á la forma semítica de escribir. Esto nos induce á creer que el cuadrado de Agrippa es el primitivo y más antiguo, en tanto que el de Kircher, como él mismo lo confiesa, está tomado de una medalla que era relativamente moderna en sus tiempos.

Y un ejemplo de esto lo tenemos en la medalla de la figura 27, también de Kircher, citada en su *Arithmologia sive de abditis numerorum mysterijs* (1), págs. 165 y 166, donde el cuadrado

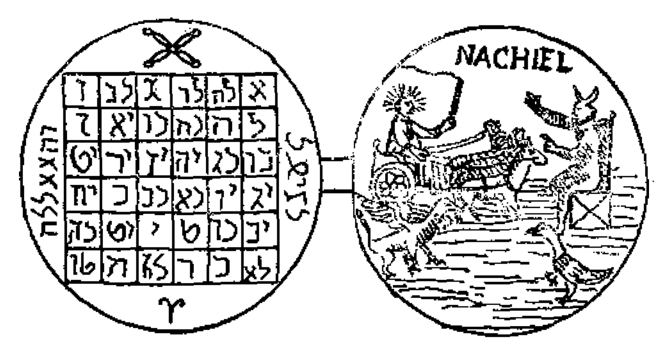


Fig. 27.

(1) ATHANAII KIRCHERI | e societate Jesu. | *Arithmologia* | sive. | De abditis Nu | merorum mysterijs. | & Romæ. | Extypographia Veresij. | MDCLV.

está formado por la tabla de letras hebreas, que coinciden perfectamente en su valores numéricos con el de la figura 26, de Agrippa y con el de este mismo autor de notas hebreas (fig. 28).

ו	לב	ג	לד	לה	א
ז	יא	כז	כח	ח	ל
יט	יד	יו	יה	כג	כד
יח	כ	כב	כא	יז	יג
כה	כט	י	ט	כו	יב
לו	ה	לג	ד	ב	לא

Fig. 28.

Los números que caracterizan al cuadrado mágico del Sol son los siguientes:

6 = número de casillas por lado.
36 = 6 × 6 = número de casillas.
111 = suma de las fajas, columnas y diagonales.
666 = suma total de las cifras.

La correspondencia entre los nombres divinos y estos números es como sigue:

6.—Vau. Letra del Santo nombre .... ו
6.—He, extensum. Letra del Santo nombre.... הא
36.—Eloh.. אלה
111.—Nachiel. Inteligencia del Sol............ נכיאל
666.—Sorath. Demonio del Sol................ סורת

En la figura 27 se ven ciertas palabras hebreas escritas á los lados del cuadrado. La inscripción de la derecha no está clara, aunque parece decir נכיאל, esto es, NACHIEL; y en la izquierda se lee ו הא אללה, que, prescindiendo de la duplicidad del ל (1), puede interpretarse como los nombres citados en la tabla anterior

(1) Kircher, en su *Arithmologia*, da la transcripción de la palabra Nachiel; pero respecto á la otra inscripción no estamos conformes, pues él lee ווה אלה, prescindiendo también de un ל. Creemos que los que fabricaron la medalla se propusieron escribir en hebreo los nombres que citamos, según Agrippa

correspondientes á los números 6 = Vau, 6 = He y 36 = Eloh, lo cual nos confirma en todo cuanto llevamos manifestado respecto á esta medalla, esto es, su construcción teniendo en cuenta las explicaciones de Cornelio Agrippa.

El signo de debajo del cuadro, ♈, corresponde al zodiacal Aries; pero al de arriba, en forma de X, no le encontramos explicación alguna. Sobre este signo dice Kircher en su *Arithmologia:*

«En el frente hay dos cetros en forma decusada y rodeados »de cadenas, con cuyo carácter mágico indican el doble supremo »dominio del genio solar en la administración de lo celeste y ele»mental, dominio que está rodeado de la cadena de las cosas »solares.»

De veras se necesita buena fe para ver en ese signo dos cetros rodeados de cadenas.

En el reverso se ve el carro del Sol y un cuadrúpedo alado á sus pies, y delante una figura con cuernos, sentada en un trono, que bien pudiera ser Mercurio, y junto á él un ave, tal vez un gallo. Sobre ambas figuras, la citada palabra Nachiel, que Agrippa da como la inteligencia de Júpiter.

Según este mismo autor, los signos del Sol son estos:

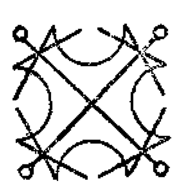


Fig. 29.
Sol.

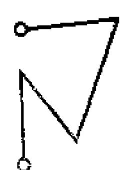


Fig. 30
Inteligencia del Sol.

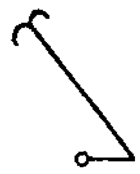


Fig. 31.
Demonio del Sol.

De estos signos nada podemos decir, pues continúan siendo un misterio para nosotros.

En Astrología, el lugar de exaltación del Sol es el signo ♌, Leo, lo que queda bien puesto de manifiesto en el talismán representado en la figura 25.

Manuel TREVIÑO Y VILLA

(Se continuará.)

Advertencia. En este número incluímos las láminas 1.ª, 2.ª y 3.ª referentes al artículo titulado *Los Cuadrados llamados Mágicos*, que debieron repartirse con el número anterior y que corresponden, respectivamente, á las páginas 246, 247 y 252, donde deberán colocarse al encuadernar la revista.

El Evangelio de la Infancia.

El segundo colaborador de *El Evangelio de la Infancia* (1) empieza su trabajo en esta otra parte, que puede considerarse como segunda, y cuyo orden sigue en los capítulos, según la redacción más inmediata á nosotros.

El capítulo XXVI con que empieza esta parte, debía en realidad numerarse como el primero. Aquí seguimos el orden establecido para facilitar la comprobación del texto á las personas que tengan necesidad de hacerlo.

SEGUNDA PARTE

CAP. XXVI.—Al cabo de tres años abandonaron Egipto y regresaron á Judea, y cuando estaban para llegar, José sintió miedo, porque supo que Herodes había muerto y que le había sucedido su hijo Arquelao; pero un ángel del Señor se le apareció y le dijo: «¡Oh José, ve á Nazareth y fija allí tu morada!»

CAP. XXVII.—Cuando llegaron á Bethlem existía una terrible epidemia que hacía sus víctimas entre los niños, atacándoles á los ojos y produciendo mucha mortandad. Una mujer que tenía un hijo próximo á sucumbir, le llevó á María, hallándola bañando al Señor Jesús. La mujer dijo: «¡Oh María, ve mi hijo qué atrozmente padece!» María la oyó y dijo: «Toma un poco del agua con que he lavado á mi hijo y derrámala sobre el tuyo.» Hízolo la mujer, se durmió el niño después del lavado, y al despertar apareció curado del mal. La mujer llena de gozo volvió á María quien le dijo: «Da gracias á Dios que es quien ha curado á tu hijo.»

CAP. XXVIII.—Tenía esta mujer una vecina cuyo hijo sufría la misma enfermedad, teniendo ya los ojos completamente cerrados. La madre lloraba así día y noche. Y la mujer cuyo hijo fué curado le dijo: «¿Por qué no llevas tu niño á María como llevé el mío, cuando estaba muriéndose, para que se cure con el

---

(1) Véase SOPHIA número de Mayo de 1908, págs. 178-188.

agua en que se lava Jesús?» Y la segunda mujer fué también á tomar el agua, y tan pronto como la usó curó su hijo. Y cuando volvió á María con el niño sano, María le recomendó que diese gracias á Dios y que no contase á nadie lo ocurrido.

Cap. XXIX.—Había en la misma población dos mujeres casadas con un hombre, que tenían cada una un hijo enfermo. Una se llamaba María y su hijo Caljufo. Y esta mujer, levantándose, llevó su hijo á María, madre de Jesús, y ofreciéndola un riquísimo lienzo le dijo: «¡Oh María! toma este lienzo y dame en cambio uno de tus pañales.» María consintió en ello y la madre de Caljufo hizo del pañal una camisita para su hijo. Y el niño se curó y al mismo tiempo se murió el hijo de su rival. A consecuencia de ello resultaron grandes disentimientos entre las dos mujeres, y cada una se encargó de los quehaceres del hogar una semana. Y una vez que le tocaba el turno á María, la madre de Caljufo hubo de encender el horno para la cocción del pan, y faltándole harina, salió á buscarla, dejando al niño cerca del horno. La mujer rival, viendo solo al niño, le arrojó al fuego y huyó luego. Y cuando volvió la madre, se sorprendió al ver el niño dentro del horno riendo, porque el horno se había enfriado súbitamente como si nunca se hubiera encendido. La madre no dudó que su rival le había arrojado, y cogiéndole, le llevó á la Virgen María refiriéndole el suceso. Y María le dijo: «Cállate, porque temo por ti si divulgas las cosas.» Luego, su rival fué por agua, y viendo solo al niño, cogió á la criatura y la arrojó al pozo. Y dos hombres que llegando sedientos se acercaron á calmar la sed, vieron al niño en la superficie del agua y sin daño alguno, sacándole con unas cuerdas. Y tanta admiración les causó el hecho, que rindieron al niño los honores de un dios. Y su madre le cogió llorando y le llevó á María diciéndole: «¡Oh señora! ved lo que mi rival ha hecho con mi hijo; le ha tirado al pozo, y acabará por matarlo de seguro.» Y María contestó: «Dios castigará el mal que te ha hecho.» Y pocos días después, la rival fué por agua al pozo, y la cuerda se le enredó en los piés de tal modo, que cayó al fondo. Y cuando corrieron á auxiliarla, se la halló con la cabeza rota. Murió así funestamente y las palabras del sabio se cumplieron en ella: «Han abierto pozos y han arrojado la tierra á lo alto, pero han caído en la fosa que se habían preparado.»

Cap. XXX.—Otra mujer de la misma población tenía enfer-

mos á sus dos hijos. Uno de ellos murió y el otro estuvo á punto de perecer. La madre le tomó en brazos y le llevó á María derramando lágrimas y diciendo: «¡Oh señora! socórreme, ten piedad de mí, de mis dos hijos; uno ha muerto y éste está para morirse. Ve cómo te imploro la misericordia del Señor.» Y continuó diciendo: «¡Señor! vos que sois clementísimo y compasivo, me habéis dado dos hijos. Habéis llamado á uno; dejadme, al menos, el otro.» Y María, testigo de su excesivo dolor, tuvo piedad de ella y le dijo: «Pon tu niño en el lecho del mio y cúbrele con sus vestidos.» Y cuando el niño fué colocado en el lecho junto á Jesús, sus ojos, cerrados por la muerte, se abrieron, llamó á su madre en voz alta y le pidió pan. Y entonces la madre dijo: «¡Oh María! veo que la virtud de Dios reside contigo, hasta el punto de que tu hijo cura á los niños con tenerlos al lado.» Y el niño que fué curado, es el mismo Bartolomé de que se habla en el Evangelio.

Cap. XXXI.—Había en el mismo lugar una mujer leprosa que fué á ver á María, madre de Jesús y le dijo: «¡Oh señora! ten compasión de mí.» Y María respondió: «¿Qué auxilio me pides? ¿Es oro, plata, ó es que quieres curarte de la lepra?» Y la mujer contestó: «¿Qué es lo que puedes hacer por mí?» Y María dijo: «Espera un momento que lave al niño y que le acueste.» La mujer esperó, y María, después de haberle acostado, dió á la mujer un vaso lleno del agua con que había lavado á su hijo diciendo: «Toma un poco de esta agua y viértela sobre tu cuerpo.» Y así que lo hizo la mujer se curó y dió gracias á Dios.

Cap. XXXII.—Después de haber estado tres días con María se fué, y llegó á una ciudad donde habitaba un príncipe que había casado á su hija con otro príncipe, el que advirtió en su esposa una mancha de lepra entre los ojos, en forma de estrella, y el matrimonio fué declarado nulo. Y viendo esta mujer desesperada á la princesa, le preguntó la causa de sus lágrimas y la princesa le respondió: «No preguntes la causa de mis lágrimas, porque mi mal es tal, que no puedo revelarlo á nadie.» La mujer insistió, diciendo que ella quizás conocía quien podía remediarlo. Y viendo entonces los rastros de la lepra en la princesa, le dijo: «Yo también he sufrido esa misma enfermedad, y yendo por mis negocios á Bethlem, entré en una cueva donde vi á una mujer llamada María, que tenía un niño llamado Jesús. Viéndome ella atacada de lepra, tuvo compasión de mí y me dió el agua

con que había lavado á su hijo. La derramé sobre mí y quedé curada en seguida.» La princesa dijo entonces: «Llévame contigo y hazme ver á María.» Y se fué con ella, llevando ricos presentes. Y cuando María la vió le dijo: «Que la misericordia del Señor Jesús sea contigo», y le dió un poco de agua con que había lavado al niño. Y tan pronto como la princesa la derramó sobre sí, se curó y dió gracias al Señor y á todos los asistentes. Y el príncipe, al saber que su mujer estaba curada, la recibió de nuevo y celebraron segundas nupcias dando gracias á Dios.

Cap. XXXIII.—Había en el mismo lugar una joven á quien Satán atormentaba; el espíritu maldito se le presentaba bajo la forma de un dragón que quería devorarla, y le había sorbido la sangre de tal modo, que parecía un cadáver. Y siempre que la apresaba, ella gritaba retorciendo los brazos sobre la cabeza: «¡Infeliz, desgraciada de mí; nadie existe que pueda librarme de este terrible dragón!» Sus padres y sus conocidos, testigos de su aflicción, se afligían también y lloraban cuando la veían llorar y gritar: «¡Hermanos, amigos! ¿No hay quien me libre de este monstruo?» La princesa que se había curado de la lepra, oyendo los gritos de esta desgraciada, subió al terrado de su castillo y la vió retorciéndose las manos sobre la cabeza, derramando lágrimas, así como á todos los que la rodeaban, presa de una gran desolación. Entonces preguntó si vivían sus padres, y como dijeran que sí, dijo la princesa entonces: «Haced que venga su madre.» Y cuando ésta fué, derramando lágrimas, le dijo la princesa: «No digais á nadie lo que voy á deciros. Yo he sido leprosa, pero María, la madre de Jesucristo, me ha curado. Si quieres que tu hija se cure, envíala á Bethlem é implora con fé la asistencia de María, y creo que volverás satisfecha trayendo curada á tu hija.» Inmediatamente se levantó la madre y fué á buscar á María, refiriéndole el estado en que se hallaba su hija. María, después de oirla, le dió un poco del agua con que había lavado al niño, diciéndole que la derramara sobre el cuerpo de la presa. Y luego le dió un pedazo de pañal del niño Jesús, diciendo: «Toma esto, enséñalo al enemigo siempre que le veas.» Y la mujer volvió en paz.

Cap. XXXIV.—Al separarse de María, madre é hija regresaron á su hogar, y cuando llegó el tiempo en que Satán, según costumbre, se le apareció á ésta bajo la forma de dragón, á su vista la joven fué presa de espanto, pero la madre le dijo: «No

temas, hija, deja se aproxime y enséñale este pañal que nos ha dado María y veremos lo que hace.» Y cuando el espíritu maligno se acercó, la enferma, temblando de miedo, desplegó sobre su cabeza el pañal, y de pronto surgieron unas llamas de la cabeza y los ojos del dragón, y se oyó una voz que decía: «¿Qué hay entre tú y yo ¡oh Jesús! hijo de María? ¿Dónde encontraré un asilo contra ti?» Y Satán huyó asustado, dejando á la joven, no volviendo á aparecer jamás. Y libre ella, dió en reconocimiento gracias á Dios, así como todos los que vieron el milagro.

Cap. XXXV.—Había en la misma población otra mujer cuyo hijo estaba atormentado por Satán. Se llamaba Judas, y siempre que el espíritu malo se apoderaba de él, empezaba á morder á las personas que tenía cerca, y si estaba solo, se mordía sus propias manos. La madre de este desgraciado oyó hablar de María y de su hijo Jesús, y tomando al niño en brazos le llevó á María. Mientras estas cosas, Santiago y José habían sacado fuera al niño Jesús para que jugase con los demás niños, sentándose con ellos á la puerta de la casa. Judas se aproximó también y se sentó á la diestra de Jesús, y cuando Satán comenzó á agitarle como costumbre, trató de morder á Jesús, y como no podía alcanzarle, le dió unos golpes en el costado, de suerte que Jesús se echó á llorar. Pero en ese momento, Satán salió del muchacho bajo la forma de un perro rabioso. Ese niño fué Judas Iscariote, que traicionó á Jesús, y el costado donde le pegó, el sitio donde los judíos le dieron un lanzazo.

Cap. XXXVI.—Cuando el Señor Jesús tenía ya siete años, jugaba un día con otros tres niños de su edad, divirtiéndose en hacer con barro varias figuras de animales como lobos, burros y pájaros, y elogiando cada uno su obra, esforzábase en ponderarla sobre las de sus compañeros. Entonces el Señor Jesús dijo á sus amigos: «Yo mando á las figuras que he hecho que anden y andarán.» Y los niños le dijeron si era el hijo del Creador. El Señor Jesús ordenó á las figuras que anduviesen y se movieron. Y cuando las mandó que volvieran, volvieron. El había hecho figuras de pájaros y de gorriones que volaban cuando los mandaba volar, deteniéndose también á su voz, y cuando les presentaba comida, bebían y comían. Y cuando los niños se fueron y contaron á sus padres lo que habían visto, les dijeron: «Separaos de su compañía, porque es un encantador, y no volvais á jugar con él.»

Cap. XXXVII.—Un día que el señor Jesús jugaba y corría con los demás niños, pasó delante de la tienda de un tintorero llamado Salem. Había en el establecimiento un gran número de prendas de varios habitantes de la localidad, y que Salem preparaba para teñir de diferentes colores. Entrando Jesús en la tienda, cogió todas las prendas y las arrojó á la caldera. Al regresar Salem y ver las ropas perdidas, empezó á gritar y á reprender á Jesús diciéndole: «¿Qué has hecho, hijo de María? Me has perjudicado á mí y á mis vecinos. Cada uno quería un color diferente. ¡Me has perdido!» El Señor Jesús respondió: «Yo cambiaré cada tela del color que quieras.» Inmediatamente sacó las prendas de la caldera, saliendo cada una con el color deseado por el tintorero. Y los judíos testigos del milagro celebraron el poder de Dios.

Cap. XXXVIII.—José iba por la ciudad acompañado del Señor Jesús, y se le llamaba para hacer puertas, cedazos y cofres, y siempre que la obra que hacía José era más larga ó más corta, más ancha ó más estrecha que lo debido, el Señor Jesús extendía sobre ella la mano y quedaba como era justo y deseado. De modo que José no tenía necesidad de retocarla, porque no era muy hábil en su oficio de carpintero.

Cap. XXXIX.—Un día el Rey de Jerusalem llamó á José y le dijo: «Quiero que me hagas un trono del tamaño del sitio en que suelo sentarme.» José obedeció, y trabajando en la obra, pasó dos años en el palacio para fabricarla; y cuando fué colocada en su sitio, se vió faltaba un poco en cada lado. Encolerizóse el Rey contra José que, sentido por el enojo del Monarca, se acostó sin probar bocado. El Señor Jesús le preguntó entonces qué le pasaba, y le respondió: «Que la obra en que he trabajado dos años no sirve.» Y el Señor Jesús le dijo: «Repórtate y ten ánimo. Coge ese lado del trono, que yo cojo éste, y lo arreglaremos.» José hizo lo que le decía el Señor Jesús y, tirando con fuerza cada uno para sí, el trono se estiró, dando la medida deseada. Los circunstantes, viendo estupefactos el milagro, loaron á Dios. El trono estaba hecho con una madera que existía desde tiempo de Salomón y que era muy notable por representar sus nudos diversas formas y figuras.

Cap. XL.—Una vez el Señor Jesús fué á la plaza, y viendo á los niños que jugaban, se reunió con ellos; pero así que le vieron se ocultaron, y el Señor Jesús se acercó á unas mujeres que

estaban en una puerta y les preguntó dónde habían ido. Como le dijeran que no lo sabían, les dijo: «¿Qué tenéis en casa?» Y ellas dijeron: «Corderos de tres años». Entonces el Señor Jesús gritó: «Salid corderos y venid con el vuestro pastor.» É inmediatamente salieron los niños transformados en corderos, rodeándole; lo que visto por las mujeres les llenó de espanto. Y adoraron al Señor Jesús, diciendo: «¡Oh, Jesús, hijo de María, nuestro Señor! ¡Tú eres, en verdad, el Buen Pastor de Israel; ten piedad de nosotras! No dudamos que has venido para curarnos y no para perdernos.» Respondiendo el Señor Jesús que los niños de Israel estarían entre todos los pueblos como los etíopes, las mujeres dijeron: Señor, tú conoces todas las cosas y nada escapa á tus ojos y á tu saber infinito; esperamos y pedimos tu misericordia, y creemos que devolverás á los niños su forma.» Y el Señor Jesús dijo: «Venid, niños, para que juguemos.» Y de pronto, ante las mujeres, los corderos se trocaron en niños.

Cap. XLI.—En el mes de Adar, Jesús reunió los niños y los ordenó como delante de un Rey. Extendió sus vestidos y les hizo sentar sobre ellos, puso coronas de flores sobre sus cabezas y, como al séquito que lleva un Rey, les dividió, poniéndolos unos á la izquierda y otros á la diestra. Si pasaba alguien por allí, los niños le cogían á la fuerza y le decían: «Ven y adora al Rey para que hagas un buen viaje.»

Cap. XLII.—Mientras esto ocurría, llegaron unos hombres llevando á un niño en una silla de manos. Era un niño que había ido al monte con sus amigos para buscar leña, y que viendo un nido de perdiz metió en él la mano para coger los huevos, siendo mordido por una serpiente que estaba oculta en aquél. El niño pidió socorro; pero cuando fueron sus camaradas, estaba tendido en tierra y sin conocimiento. La familia entonces llegó; lo llevaron al pueblo. Al pasar por el sitio donde estaba el Señor Jesús como un Rey, los niños le rodearon como una corte, y algunos, acercándose á la comitiva del moribundo, dijeron: «Venid á saludar al Rey»; y como no quisiera aquélla hacerlo por el disgusto que tenía, los niños la llevaron á viva fuerza. Y cuando estuvo delante del Señor Jesús, preguntó éste á los que la componían por qué llevaban á aquel niño, y dijeron que una serpiente le había mordido. Y el Señor Jesús dijo á los niños: «Vayamos todos y matemos á la serpiente.» Los parientes del niño

que estaba muriendo, suplicaron á los niños que les dejasen marchar; pero éstos contestaron: «¿No habéis oído lo que ha dicho el Rey? Vamos á matar á la serpiente. ¿No tenéis que conformaros con sus órdenes?» Y por fuerza tuvieron que seguirles. Cuando llegaron cerca del nido el Señor Jesús dijo á los niños: «¿Es ahí donde se oculta la serpiente?» Dijéronle que sí, y llamada la serpiente por él, salió, acercándose á sus pies. Y el Señor Jesús le dijo: «Ve y saca todo el veneno que has esparcido en el cuerpo de ese niño. «La serpiente recogió entonces todo el veneno, la maldijo el Señor Jesús y quedó muerta. Pasó luego la mano sobre el niño y curó. Y como el niño llorase, el Señor Jesús dijo al enfermo: «No llores; tú serás discípulo mío.» Y aquel niño fué Simón el cananeo, que se menciona en el Evangelio.

Cap. XLIII.—Un día José envió á su hijo Santiago á buscar leña, y el Señor Jesús fué con él para ayudarle. Y sucedió que al llegar al sitio donde estaba el bosque, al remover el suelo, Santiago fué mordido por una víbora y comenzó á llorar. El Señor Jesús, viéndole en ese estado, se aproximó á él, le sopló en la mano herida y Santiago quedó curado instantáneamente.

Cap. XLIV.—Un día jugaba el Señor Jesús con unos niños sobre un tejado y se cayó uno, quedando muerto en el acto. Los demás niños huyeron, y el Señor Jesús quedó solo en la azotea. Y los parientes del niño fueron á él y le dijeron: «Tú eres el que has precipitado á nuestro hijo y le has matado.» Y como él lo negara, los parientes dijeron á gritos: «¡Ha muerto nuestro hijo y ese es quien le ha matado.» Y el Señor Jesús respondió: «Me acusáis de un crimen del que no tenéis ninguna prueba; preguntémoslo á él mismo.» Y el Señor Jesús bajó, y poniéndose al lado del muerto, le preguntó: «Zenón, Zenón, ¿quién es el que te ha tirado?» Y el muerto respondió: «No has sido tú, Señor; ha sido Fulano.» Y después de hacerlo observar el Señor á los presentes, todos loaron á Dios por el milagro.

Cap. XLV.—María mandó un día al Señor Jesús por agua á un pozo, y cuando volvió con el cántaro lleno, se le cayó de la cabeza y se le rompió. Y el Señor Jesús extendió su manto y llevó en él el agua á su madre que, llena de admiración, conservó en su corazón lo que había visto.

Cap. XLVI.—Otra vez jugaba el Señor Jesús junto al río con varios niños que habían hecho unos canalillos en la arena para

que corriese el agua. El Señor Jesús hizo con el barro doce pajaritos y los puso alrededor de su estanquecito, poniendo tres á cada lado. Era sábado, y el hijo de Hanon, el judío, viéndoles tan ocupados, les dijo: «¿Cómo en tal día podéis hacer figurillas con barro?», y se puso á destruirlas; pero, extendiendo el Señor Jesús la mano sobre aquéllas, echaron á volar. Y cuando el hijo de Hanon se acercó al estanquecito hecho por Jesús para deshacerlo, el agua desapareció, y el Señor Jesús le dijo: «¿Ves cómo se ha secado el agua? Pues así se secará tu vida.» Y el hijo de Hanon quedó seco.

CAP. XLVII.—Otra vez, regresando el Señor Jesús tarde á su casa con José, un niño, corriendo de prisa ante él, le dió un empujón tan fuerte que le derribó, y dijo á aquel niño: «Así como me has tirado, caéte y no te levantes.» Y en seguida cayó el niño y espiró.

CAP. XLVIII.—Había en Jerusalem un hombre llamado Zaqueo, que enseñaba á la juventud, y dijo á José: «¿Por qué no me envías á Jesús para que aprenda las letras?» José se lo dijo á María, y convinieron en enviar el niño al maestro. Así que fué el niño, el maestro le escribió un alfabeto y le hizo pronunciar la A (aleph), y cuando lo hizo, le dijo pronunciase la B (beth). El Señor Jesús le dijo entonces: «Decidme primero lo que significa la letra A y yo pronunciaré la B.» El maestro se disponía á ello, pero el Señor Jesús se puso á explicar la significación de las letras A y B, cuáles son las letras rectas, las oblicuas, las vocales, las dobles, las que van acompañadas de un punto, las que no lo tienen, porque una va delante de otra; en fin, muchísimas cosas que jamás había oído ni visto en libro alguno. Y el Señor Jesús se puso á recitar todas, diciéndole al maestro: «Escuchadme: *aleph, beth, ghimel, daleth,* etc.» Lleno de admiración, el maestro dijo: «Creo, en verdad, que este niño ha nacido antes de Noé.» Y, volviéndose á José, añadió: «Me has traído para que enseñe á un niño que sabe más que todos los doctores.» Y luego dijo á María: «Tu hijo no tiene necesidad alguna de nuestra enseñanza.»

CAP. XLIX.—Y le llevaron á otro maestro en seguida, algo más sabio. Y así que le vió éste le dijo: «Di *aleph.*» Y cuando le dijo el maestro que pronunciase *beth* y el Señor Jesús le respondió: «Decidme qué significa *aleph* y pronunciaré *beth*», irritado el maestro levantó la mano para pegarle; pero se le secó de re-

pente y murió. Entonces dijo José á María: «De hoy en adelante no habrá que dejar salir al niño de casa, pues que el que se le opone, queda muerto.»

Cap. L.—A los doce años le llevaron á Jerusalem en la época de la fiesta, y terminada aquélla, regresaron; pero el Señor Jesús se quedó en el templo entre los doctores y los ancianos y los sabios de Israel, que le interrogaban sobre diferentes puntos de Ciencia, y á quienes á su vez, tras de contestar, preguntaba. «¿De quién es hijo el Mesías?» «Es hijo de David», respondieron. «Por qué, pues—preguntó—, David, movido por el Espíritu Santo, le llama su Señor cuando dice: El Señor ha dicho á mi Señor: Siéntate á mi diestra para que ponga tus enemigos bajo mis pies?» Entonces uno de los jefes de los doctores le dijo: «¿Has leído los libros santos?» El Señor Jesús respondió: «He leído los libros y lo que contienen.» Y les explicó la Escritura, la ley, los preceptos y los misterios que hay en las profecías que la inteligencia de ninguna criatura ha podido comprender. Y el jefe de los doctores dijo: «Jamás he visto ni he oído semejante instrucción. ¿Quién pensáis que sea este niño?»

Cap. LI.—Encontrábase allí un sabio astrólogo que preguntó al Señor Jesús si había estudiado la ciencia de los astros. Y Jesús respondió, exponiendo el número de las esferas, de los cuerpos celestes, su naturaleza, sus oposiciones, sus aspectos trino, cuadral y sextil, el cómputo y el pronóstico y otros casos que la razón de ningún hombre ha escrutado.

Cap. LII.—Había también entre ellos un filósofo, sabio en Medicina y Ciencias naturales, que le preguntó si había estudiado Medicina. Y el Señor Jesús le expuso la Física, la Metafísica, la Hiperfísica, la Hipofísica, las propiedades de los cuerpos, los humores y sus efectos, el número de miembros y de huesos, las secreciones, las arterias y los nervios; los diversos temperamentos cálido y seco, frío y húmedo, y cuáles eran sus influencias; las operaciones del alma y del cuerpo; las sensaciones, las virtudes, las facultades de la palabra, la ira, el deseo, la congregación y la dispersión y otras cosas que la inteligencia de ninguna criatura jamás ha podido explicar. Entonces el filósofo se levantó y adoró al Señor Jesús, diciendo: «Señor; de hoy en adelante seré tu discípulo y servidor.»

Cap. LIII.—Y mientras tanto, María volvió con José; y después de tres días que buscaba á Jesús, le halló sentado entre los

doctores, interrogando y contestando. Y María le dijo: «Hijo mío, ¿por qué te has separado de nosotros? Tu padre y yo te hemos estado buscando, y tu ausencia nos ha llenado de pena.» Y él respondió: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabéis que conviene que permanezca en la casa de mi Padre?» Ellos no comprendieron esas palabras. Entonces los doctores preguntaron á María si era su hijo, y respondiendo ella que sí, exclamaron: «¡Oh, dichosa María, que has dado á luz semejante niño!» Y el Señor Jesús fué con sus padres á Nazareth, sumiso á todo; y su Madre conservaba todas sus palabras en su corazón. Y el Señor Jesús creció en talla, en sabiduría ante Dios y ante los hombres.

Cap. LIV.—Comenzó desde ese día á ocultar sus secretos y sus misterios hasta que cumplió treinta años, cuando su Padre, revelando públicamente su misión, á las orillas del Jordán, hizo oir desde lo alto de los Cielos estas palabras: «Este es mi hijo, en el que he puesto toda mi complacencia»; y apareció el Espíritu Santo en forma de paloma.

Cap. LV.—Este es el que adoramos humildemente, porque nos ha dado la existencia y la vida y nos saca de las entrañas de nuestras madres; el que ha tomado por nosotros forma de hombre y nos ha llenado y cubierto con su misericordia eterna, acordándonos su gracia por su amor y bondad con nosotros. ¡Gloria y excelsitud á Él por todos los siglos! Amén.

Aqui acaba el Evangelio de la infancia, todo como es, con el auxilio del Supremo Dios, según lo que hemos hallado.

Cuando por la ciencia ha reconocido el alma que todas las formas son creaciones de la ignorancia, aparécesele á ella Brahma, aquél en quien todo se confunde: el ser y el no-ser, la vida y la muerte.

Bhagavad Purana.

Los *manvántaras* son infinitos; las creaciones y destrucciones innúmeras; el Ser Supremo produce y reproduce los mundos.

Leyes de Manú.

La mano en la mano, y el alma en el alma.

Proverbio ruso.

El hombre del siglo XIX ha entrado en la naturaleza como un verdugo.

Menchikoff.

El Marqués de Villena.

(La leyenda y su significado.)

I

Dice la primera:

El Marqués de Villena era un hombre muy dado á la cábala, á la nigromancia y á la alquimia, esto es, un brujo completo. Su sabiduría le proporcionó el medio de volver al mundo después de su muerte. Era además uno de los caballeros de más preclara nobleza de los tiempos de Enrique III.

Leía en las estrellas, por su mucha ciencia, como en un libro abierto. Se sabía de memoria todas las conjunciones, trinos y marchas de los planetas; se comunicaba con los habitantes de la Luna; sabía que la Tierra tiene muchos más años de los que las Escrituras calculan. No temía á las tempestades que, en pequeño, era árbitro de producir; manejaba la electricidad, dominaba los venenos y sortilegios de toda índole y adivinaba, en fin, lo pasado y lo futuro.

Dicen las crónicas que tan extraordinario saber provenía de tener firmado con su sangre un estrecho pacto con el Príncipe de las Tinieblas, y por virtud del cual había de entregarle su alma al tiempo de su muerte. El punto más exquisito de su saber cifraba, pues, en hacerse inmortal, engañando así al diablo mismo.

Tenía el Marqués cierto negro á quien profesaba gran cariño. De él se acompañaba doquiera, viniendo á constituir su *daimon* familiar, que Sócrates diría. Tenía el Marqués un sombrero ó gorro mágico, llamado á desempeñar en nuestra historia un importante papel.

Don Enrique de Villena dijo á su fámulo un día: «Querido Alí, cuando veas que voy á morir, no te apartes un momento de mi lecho ni permitas que nadie entre á visitarme. No quiero médicos, porque me matarían antes de tiempo; ni quiero criados que á mi muerte sólo en robarme pensarían. Deseo que

tampoco mi mujer venga, porque al momento pensaría en mi sustituto. No te mando más en aquel trance que te pongas mi sombrero mágico y quedes así transfigurado en mi propia persona. Jamás le quites luego de tu cabeza, porque entrambos nos perderíamos.

Cogerás seguidamente mi cuerpo—añadió el Marqués—y desnudo le colocarás sobre el mármol de mi laboratorio, de cuya sola llave nunca te despojarás. Harasme menudísimos pedazos, sin desperdiciar de mí lo más mínimo, mezclando perfectamente carnes, huesos y tripas, y todo lo introducirás en la gran redoma que te dejo detrás de mi sillón verde. Luego esconderás la redoma en un montón de estiércol en sitio de la casa al que no pueda llegar mortal alguno.

Pasaron los años; vino al viejo sabio su hora postrimera, y el fiel criado ejecutó con puntualidad las órdenes de su señor, ocultando la redoma atiborrada con el menudillo de sus restos corpóreos. Tal fué el sigilo del negrito, que nadie advirtió la transmutación, ni á enterarse llegó siquiera el diablo mismo. Así, mientras que aquél gozaba, como el auténtico Marqués, de todos sus bienes y derechos, es fama que éste, en cuerpo aroma invisible, continuó con más ardor y libertad que nunca sus portentosas alquimias y astrologías.

Jamás caía de la cabeza del supuesto Marqués el gorro del sortilegio, ni siquiera cuando cierto día se encontró de manos á boca con el Santo Viático. El desacato á Su Divina Majestad indignó á los fieles en términos de que uno le dió un manotón, haciendo rodar por el suelo la endiablada prenda, con lo que al punto quedó el cuitado negrito restituído á su primitivo sér. La justicia tomó cartas en el asunto, y llevado el infeliz al tormento, tuvo que cantar paladinamente el secreto todo de sus transmutaciones.

El severo tribunal se personó en el basurero y, con grandes precauciones, estrajo de él la misteriosa redoma que contenía un liquido oleaginoso, amarillento, en cuyo seno se dibujaban con toda claridad las líneas de un feto de ocho meses; sólo faltaba uno, pues, para que el brujo Marqués tornase al mundo de los vivos. Inútil es añadir que el negro fué quemado y echa mil pedazos la redoma, por manos del verdugo.»

Hasta aquí la primera parte de la historia, reflejo fiel de la tradición que corre por el vulgo.

En la parte segunda se agregan más detalles de la vida del Marqués que nos orientan un tanto hacia la verdad histórica de tan notable personaje.

D. Enrique de Aragón, ó de Villena, como tío del rey y descendiente en línea recta del gran Jaime I de Aragón, era respetadísimo en la Corte de Castilla. Su padre D. Pedro, que había casado con D.ª Juana, hija bastarda de D. Enrique II y reina después de Portugal, había muerto en la batalla de Aljubarrota. Por su generosa renuncia á su título de Condestable se le compensó con los señoríos de Cangas de Tineo, y por la dote de su esposa D.ª María de Albornoz con otras muchas villas castellanas.

Su afición á las letras contrastaba con la brutalidad guerrera de la época. Desde muy pequeño adquirió una cultura de polígrafo, siguiendo la tradición de aquellos colosos árabes que poseían á la perfección los más opuestos conocimientos en lenguas, poesía, historia, medicina, derecho, astrología y alquimia. De aquí que la necedad de la época atribuyese tan sobrehumana cultura á malas artes de brujería. Los Abu Hanifa, los Albertos Magnos, los Lulios medioevales, no fueron en tales órdenes sino otros tantos marqueses de Villena, odiados por el ignaro vulgo, hasta el punto de cristalizar tales odios en la forma del antedicho mito, que siempre la humanidad ha sacrificado así á sus redentores augustos.

La calumnia contra él acaso tomó cuerpo con ocasión de sus justas pretensiones á la Maestranza de Calatrava, quien dada más á fines guerreros que científicos, no podía tolerar como Gran Maestre aquel sabio incomprendido. D. Enrique y su esposa, además, se odiaban cordialmente, pero á pesar de ello ésta jamás se prestó al divorcio. La leyenda que tenemos á la vista cuenta que como su calidad de casado le impedía el voto de castidad exigido, cierta noche entraron en el aposento de la dama seis enmascarados dispuestos á robar á la Marquesa, y añade que eran gentes pagadas por el Marqués, quien fingió defender á su esposa.

D. Enrique iba al fin á ser nombrado Maestre, en armonía con las observaciones astrológicas de los sabios de la Corte. Pero fieles servidores de la Condesa, á quien se le creía muerta, se dieron trazas á encontrarla encerrada en las mazmorras de un castillo, por orden de su marido, según se decía. Entre tanto

se celebraba el juicio de Dios sobre si el Marqués era ó no culpable de la muerte de su esposa, quedando vencedor en él.

La presentación de D.ª María en la Corte dió al traste con el nombramiento de su esposo, quien indignado se alza en armas contra su soberano, pero es vencido y hecho prisionero. Iba á ser castigado por su ambición y rebeldía, pero fué perdonado por el rey á instancia de la Condesa. El Marqués desde entonces vivió una vida retirada, consagrándose por entero al estudio y dando lugar, con su alquimia incomprensible, á la singular leyenda de *la redoma encantada*, de tan exquisito sabor filosófico y mítico.

II

En la curiosa leyenda alquimista del Marqués de Villena se adivina la influencia de la Doctrina Secreta, conocida por los cabalistas arábigo-judíos.

Desde luego resalta en ella la posibilidad del retorno á la vida, ó como hoy diríamos, la doctrina de la reencarnación. El espíritu del noble castellano, separado del cuerpo por la muerte, iba, según se ve, á formarse otro cuerpo que volver á usar á guisa de dócil instrumento en el mundo de lo físico.

Para ello obligó á su criado, ó más bien á su discípulo, á que dividiese su cadáver en menudos pedazos, introduciéndolos en una cerrada redoma.

Detalle semejante tiende por si solo el puente hacia multitud de otros mitos; también el cuerpo de Baco ó Dionisio se dividía hasta lo infinito á la muerte del dios, y se reintegraba después á su nuevo nacimiento glorioso. También el cuerpo del hada Blancaflor (1) tuvo que ser hecho menudos pedazos y arrojado en una redoma al mar, antes de que el Príncipe, su protegido, pudiese extraer de su fondo el anillo de Salomón y con él la clave del saber, propia de un iniciado. La ceremonia final de la iniciación en la que el hierofante es árbitro de morir á manos de su sucesor, ó bien de poner en su lugar una víctima pura, como se lee en *Isis sin Velo,* está simbolizado en aquella operación alquímica que el discípulo del Marqués de Villena practicase tan á maravilla.

(1) Véase el mito de Blancaflor publicado en esta misma Revista en Enero de 1907.

Así no es de extrañar el que la leyenda revele tan á las claras el proteismo físico-químico de las formas físicas bajo el hábito incesante de la vida. Reducir, en efecto, el cuerpo del prócer á menudos fragmentos, equivale á simbolizar la acción destructora que se opera fatalmente en las formas cuando, cumplida su transitoria misión, las abandona la vida. De ellas se van formando, según nos enseña la química, substancias más y más sencillas, hasta acabar la larga tarea de sus desdoblamientos en agua y en anhídrido carbónico.

Pero á la vez en estos dos cuerpos comienza el fenómeno inverso, el del retorno de la vida sobre la forma. El carbono del anhídrido se fija por la clorófila vegetal y sirve de base á las infinitas transformaciones que se operan en él por síntesis, tales como la formación de los aldehidos, la de los azúcares, la de las celulosas. El oxígeno, así libertado del anhídrido, se fija á su vez por otras clorófilas animales: el pigmentum, la hemoglobina, etc., y sirve de base á su vez para otras transformaciones por síntesis con las que se forma y crece el cuerpo de todo animal, ó sea en el símbolo: el Marqués torna á la vida.

Hay, pues, que convenir en la profundidad del símbolo español. Tamañas transformaciones de la materia y de la vida han de operarse de un modo oculto, lento, misterioso, cual se operaban las de la redoma del Marqués, *oculta entre el estiércol*, á las imprudentes miradas del vulgo.

Otro detalle de la leyenda establece conexiones con las prácticas religiosas de Oriente. Nos referimos al famoso gorro mágico, trasunto fiel del *gorro amarillo*, que visten cuantos pertenecen en la India al santo grupo de los ascetas, á la sagrada orden del Manto Amarillo, cuyos individuos son allí respetados por encima de las mismas Personas Reales. El discípulo del Marqués para subrogarle dignamente en vida, estaba obligado á no desprenderse nunca de la mística prenda, ó lo que es igual, á no abandonar la senda de la más absoluta pureza en acción, palabra y pensamiento, porque de no hacerlo así, al perder la autoridad simbolizada en aquella prenda, podría comprometerse, y en efecto, comprometió toda la labor alquímica del Maestro.

El final de la leyenda es un compendio de la historia de las fraternidades que durante toda la Edad Media conservaron el depósito de la Doctrina Secreta, tales como en Europa los tem-

plarios, y en España, á más de éstos, los individuos más conspicuos de las Órdenes Militares. Todos pararon en la hoguera ó tuvieron que sepultar en el mayor secreto sus conocimientos taumatúrgicos para huir de ella y de la calumnia.

El contenido moral, en fin, de la leyenda de *La Redoma Encantada,* nos revela ser cierta una idea ya apuntada por nuestro colega Rafael Urbano al ocuparse de Fray Luis de León. La de que la triste nota que España tiene en Europa por sus seculares intolerancias, revela para nosotros algo consolador, á saber: el hecho de que ella no había existido si por su prehistoria atlante, por sus aborígenes libio-iberos y por su carácter de zona intermediaria entre la magia de caldeos y judíos y el mundo occidental, no hubiese sido siempre en Europa la metrópoli del ocultismo.

M. ROSO DE LUNA

DE LA NATURALEZA DE DIOS

El Poder Absoluto de Dios es el fundamento de toda otra condición ó potencia existente; de Él emana toda Voluntad, y como ésta es motivo de toda acción y de toda presencia, de aquí la razón del Universo visible é invisible.

Por ello se nombra Querer á una de las potencialidades de la Trinidad fundamental y divina, siendo ostensible la virtualidad de la Voluntad en todos los órdenes conocidos. La Voluntad universal es la condición esencial de todas sus manifestaciones, y en cuanto al hombre, su voluntad es la que dirige sus actos en contraposición á cualquiera otra energía ó condición. Y como emanación y facultad inseparable—la Voluntad de todo Poder—, aquélla es sendero que conduce á todo resultado apetecido, á toda realización, á toda facultad ó Poder.

El hombre, el sér como parte integrante del Universo y del Todo, con él evoluciona, obedeciendo á la Voluntad Suprema, que es la que le impulsa y le anima, que es su voluntad propia; y por ello sigue la misma dirección y ha de caberle el mismo destino que persigue el Todo, que no puede ser otro que el que implica todo amor ó Voluntad que entraña Él ó Autor ó Poseedor, de la que cada sér es parte componente, es el desarrollo indefi-

nido de su Voluntad, de su Querer y en consecuencia de su Poder, que es base de toda gloria, siempre equitativa al grado de Voluntad desarrollado en cada instante de la evolución.

El Poder de Dios es, pues, el fundamento de todo progreso, de toda regeneración, de todo bien y de toda gloria para cuya consecución se exige la acción de la voluntad que obra incesantemente en todo sér.

Hemos dudado de la posibilidad de que Dios (el Todo) pueda ser Creador; y fundamos ahora tal tesis decisiva en que no conviene la dicha facultad á un Sér á quien se tiene por Absoluto é Infinito. Lo Absoluto lo entraña todo y lo Infinito todo lo ocupa. Ahora bien; la creación implica la aparición de algo que no existía, y ello no puede concebirse dentro de lo Absoluto ni tampoco queda lugar para su existencia dentro de lo Infinito. A más, para crear, el Creador ha de convertirse en parte activa, que implica también una parte pasiva, cesando, por lo tanto, de ser Aquél lo Absoluto.

La Creación, tal como la explica la generalidad y se entiende de ordinario, la consideramos como un absurdo filosófico y hasta supone la ausencia de toda lógica.

Por otro lado, si lo absoluto lo contiene todo ¿qué necesidad hay de creación?

Pero el que todo lo posee puede hacerlo todo manifiesto, ó parte de ello; y si al mismo tiempo es poseedor y cosa poseída, surge lo inexplicable, lo desconocido, lo misterioso, pero real y factible á pesar de ello; y, por consiguiente, necesita explicación, exige descubrir y rasgar el velo que lo encubra. No es óbice para ello la actual deficiencia de facultades humanas para conseguirlo; la evolución es constante é infinita, y el hombre conquistará facultades apropiadas para resolver los problemas hoy intrincados é irresolubles para comenzar sus gestiones á resolver los que tras ellos se presenten como eslabones de una infinita cadena de incógnitas.

Hemos expresado que el Todo ó lo Absoluto posee las tres condiciones de Poder, Saber y Querer, y cómo puede, quiere y se verifica en Él mismo la dualidad indispensable á la condición de querer, apareciendo el sujeto queriente y la cosa querida sin perder por ello su esencia una ó matriz.

Y el tal misterio es el proceso fundamental de la formación

de los mundos manifiestos, teoría que no es patrimonio de religión alguna determinada, sino de toda la humanidad y de todos los tiempos.

Pudiera objetivarse que la condición absoluta del Poder da facultades al Sér que la posea para hacerlo de otra cualquier forma; pero había entonces que excluir en Él toda otra condición ó atributo, pues si lo consideramos como Sabio no cabe en Él ignorancia en tiempo ni lugar alguno: si la de Justo, no puede cometer injusticia, y si la de Bueno, no debe permitir acto que no vaya informado por el amor más puro.

Y, en efecto; ya iremos descubriendo qué tales son las condiciones que regulan á lo que nos es dado observar, á pesar de toda apariencia en contrario.

Hemos también de hacer notar que la frase «crear de la nada» es tan repetida como poco analizada y comprendida; la nada sólo puede ser sinónimo de Aquél mismo. La nada sólo puede concebirse como la negación de toda manifestación objetiva, pero de ningún modo en cuanto al Sér objetivo, que es eterno y persistente en todo lugar. La nada resulta ser, pues, el Todo en su más pristino y esencial estado; es como el 0, que en su acepción vulgar significa cero ó nada y esotéricamente simboliza el Todo. Y así, resulta perfectamente racional y verídica la frase de que el mundo fué hecho de la Nada, es decir, del Sér que lo es todo en sí, que es principio y fin de todo, porque lo es Todo.

La teoría más antigua, universal y racional de la formación ó aparición del Cosmos, se funda en ese Sér Uno y Absoluto manifestado en sus tres atributos dichos. El principio ó germen se supone ser como el punto matemático, que no tiene ni forma ni dimensiones, lo que es como lo infinito; y como se ha dicho que el Macrocosmo es como el Microcosmo ú hombre, y éste alienta y vive mientras se verifica en él el fenómeno de la respiración, así el Macrocosmo alienta y existe por un fenómeno semejante ú homogéneo. La espiración de éste es el surgir del punto dicho, en todos sentidos, en forma de esfera y siempre ensanchándose la manifestación de la vida; y como en el hombre tras la espiración sobreviene la aspiración, en el Macrocosmo sobreviene un acto semejante, ó sea tras la referida expansión de vida y actividad síguese el acto opuesto, ó sea la concentración de aquélla hacia el punto central de partida, en el que se resuelve y des-

aparece todo, para volver á expansionarse y reasumirse indefinidamente.

Tales períodos son semejantes á los de actividad y reposo en que se comparte la vida física del hombre ó sus tiempos sucesivos de sueño y vigilia y aun á los de aparición sucesiva y alternada del estado *pos-mortem* de la personalidad humana en la vida física.

En el Universo existe la diversidad más completa dentro de la homogeneidad más perfecta, y así como en lo físico toda la materia es semejante en su constitución más elemental, así en todos los órdenes supra-físicos hasta llegar á la simplicidad absoluta, que es indiferenciada, indivisible é indefinible. Los mismos elementos forman á un hombre que á un sol y que al sér más microscópico; sus facultades son idénticas, aun cuando en uno se hallen latentes algunas que otro ya ha desarrollado; la esfera de acción del animal imperceptible podrá ser menor que la del hombre, pero en cambio la de éste es menor que la de un sol que extiende su influjo directo á todo un sistema de mundos.

Y así como el hombre posee un cuerpo físico y con él una sensibilidad, voluntad, inteligencia y raciocinio, así todos los demás séres reúnen idénticas facultades, que manifiestan conforme á su aptitud y en consonancia á sus necesidades, que limitan el grado de evolución que en cada instante haya alcanzado el sér aludido y cuya parte más esencial, eterna y primordial es la que va reteniendo todo el resultado de su evolución y el que con él progresa y con él adquiere experiencias que son los escalones que permiten ascender á la par por todos los grados de los órdenes físico, supra-físico y mental.

Tal actividad es á lo que se llama vida, que anima á todo átomo, á todo cuerpo y á todo mundo á seguir la senda de la evolución, vida que origina las energías ó fuerzas que desarrollan los mismos séres vivos actuando sobre los que se hallan al alcance de sus respectivas influencias y por ello la división en jerarquías de los tales séres; de ahí los centros diversos de actividad ó ángeles, arcángeles y dioses, que no son sino centros de poder, emanaciones de energías que animan y regulan la constitución y el movimiento ordenado y regenerador de un determinado conjunto de séres ó de funciones.

Así, el Sol, del que surge toda vida para el sistema que lleva

su nombre, es el Señor de éste, y por ello en la antigüedad era tal astro el símbolo del Dios Supremo y se representaba y adoraba de un modo semejante al que hoy se representa y adora la Hostia consagrada dentro del círculo de oro que le adiciona sus rayos asemejando al astro dicho.

Y si en su aspecto físico el Sol se muestra sér superior por su magnitud, su poder luminoso, atractivo, magnético y fertilizador, nos queda aún por evaluar su supremacía intelectual y la energía de su mentalidad.

El proceso de los mundos que llenan el espacio sin fin es como sigue: del Sér Absoluto y Poderoso arranca la idea y la voluntad de la formación de un mundo ó un Universo, y dicha idea ó pensamiento empieza á evolucionar bajo la dirección de la Inteligencia infinita, que todo lo regula mediante leyes más perfectas é ineludibles.

El dicho estado, puramente mental, y que es el arquetipo del astro en sus diversas formas futuras, se halla constituído por el conjunto de séres que han de habitar en él en sus diversos estados, si bien entonces en la forma y condiciones que convienen á la Naturaleza actual del astro. Dicho estado no es susceptible para el sér humano y físico, pudiendo un mundo en condiciones mentales existir junto á la actual Tierra y hasta compenetrarse con ella sin que nos demos cuenta de su existencia, tan real y verídica como la nuestra, pero incognoscible para nosotros por completa ausencia de medios de percepción.

Así como una idea es real en sí, pero para que el hombre físico la perciba es indispensable que se manifieste por signo alguno material, así el mundo de la mentalidad exige para ser percibido por el hombre físico que se manifieste en este estado, fuera del que no es posible percepción alguna con órganos materiales.

En el mundo mental varían las facultades de los séres y sus medios de habitabilidad, y cada uno de éstos se halla circunscripto á la gradación que le corresponda en el estado especial y consecutivo de la evolución. Cada sér se halla en disposición de seguir su misión en el aspecto que le corresponda en la época de que se trate; puede corresponderle funcionar en el reino denominado mineral ó en el vegetal ó animal, ó bien haber llegado á la escala superior de hombre; ello depende de los progresos adquiridos en la serie de existencias pasadas en astros

precedentes y semejantes ó en relación apropiada á la regular evolución.

A dicho estado ó naturaleza mental sobreviene de manera lenta y ordenada otro período que puede llamarse creador, y en el que los séres mentales se revisten de un cuerpo de deseos ó aspiraciones que los predisponen y obligan á la consecutiva realización de sus objetivos determinados, al mismo tiempo que los caracteriza para los sucesivos estados.

Y conviene observar que cada sér no acoge más deseos y pasiones que las que convengan y exijan sus condiciones actuales, por lo que, al resultar satisfechas, no traspasan los límites que le corresponda en el peldaño que ocupe en la escala.

Terminada esta fase del astro ó mundo, empieza otro nuevo período que podemos designar de formación, en el que el cuerpo de pasiones y deseos construye otro dispuesto á la satisfacción ó realización de los mismos; pero no en manera decisiva, sino en condiciones preparatorias y aptas á consecutivos y mayores avances hacia el objeto perseguido.

Tal cuerpo se distingue con el nombre de fluídico, que á la vez que posee sus facultades diversas y modo de ser distinto á los restantes cuerpos, que algo detallaremos al tratar del hombre en particular, sirve de intermediario ó de medio asimilador entre los anteriores y el físico ó material cuya aparición corresponde á otro período, que es el posterior de la serie y en el que se encuentran en la actualidad los astros visibles para el hombre. Todos los séres se revisten de forma física y ejercen las respectivas funciones que les son asignadas.

Terminada la predicha serie de formación de un astro, sigue el período llamado de desintegración, en el que vuelve á ir pasando sucesivamente en orden inverso por los estados dichos de fluídico, pasional y mental; pero en esta vuelta cada sér ha atesorado ya la suma de experiencias adquiridas en el desempeño de sus funciones respectivas y ha laborado á su respectivo progreso.

El círculo de la dicha total evolución se repite siete veces, intercalándose al fin de cada una otro período de descanso que los orientales llaman *Pralaya;* y al término de la serie de siete evoluciones toca al astro la total desintegración en todas sus partes y formas. A cada período de actividad que sigue á cada Pralaya se nombra en sanscrito *Manvântara,* y cada uno de éstos

se divide en siete *rondas* que son alteraciones regulares en los estados porque atravesara el astro. Y si lo dicho entraña el proceso de cada astro, de modo semejante se verifica el nacimiento y la evolución de un sistema, el que se forma dependiente de un centro común ó un astro central cuya influencia abarca todo el espacio ocupado por el sistema, el cual se halla en todo tiempo repleto de mundos en diferentes grados ó períodos del Manvântara, resultando por ello la vida y el progreso indefinido y sin interrupción en todo el lugar del infinito espacio.

Puede, sin embargo, ocurrir el paso de elementos de un astro á otro en cualquier período del Manvântara por procesos perfectamente naturales é indudablemente necesarios, dado que todo hecho que se verifique es de necesidad. El caso siguiente que refiere A. P. Sinnett en su Conferencia titulada *El sistema al cual pertenecemos,* nos demostrará la posibilidad del fenómeno. Dice así: «La nueva nebulosa terrestre fué desarrollada alrededor de un centro que, poco más ó menos, conservaba la misma relación con el moribundo planeta (la Luna) que los centros de la Tierra y de la Luna conservan actualmente entre sí. Pero esta agregación de materia ocupaba en su condición nebular un volumen inmensamente mayor que el que ahora ocupa la materia sólida de la Tierra. Se extendía en todas direcciones lo suficiente para abarcar dentro de su ígneo perímetro el viejo planeta. La temperatura de una nueva nebulosa parece ser mucho más elevada que cualquiera de las que nos son conocidas, y debido á esta circunstancia, el viejo planeta recibió nuevamente de un modo superficial un grado de calor de una naturaleza tal, que toda la atmósfera, agua y materia volátil que contenía, fué convertida en gases, y de esta suerte fué supeditada á la influencia de la atracción del nuevo centro establecido en el punto central de la nueva nebulosa. De este modo la atmósfera y mares del viejo planeta pasaron á formar parte de la constitución del nuevo, por cuya razón la Luna es al presente una masa árida y brillante, estéril y sin nubes, inhabitable para toda clase de séres físicos. Cuando el presente Manvântara toque á su término durante la séptima ronda, su desintegración será completa y la materia que en ella se conserva unida todavía se convertirá en polvo meteórico que será empleado, junto con el océano de esa clase de materia, para la formación en lo futuro de nuevas nebulosas planetarias.» Todas las dichas vicisitudes son comunes

ó semejantes en cada mundo, variando en éstos la forma y constitución química y orgánica de los séres y cosas, pues la evolución de la materia cósmica y el total de sus modos de manifestación sólo puede conocerse en su infinita variedad conociendo el Todo.

En resumen: el átomo mental que emana del sér anterior á todo recorre todos los distintos grados de existencia universal, los que son innumerables, tanto en su aspecto anterior como posterior á cualquiera que se considere; y como actor del drama más complicado y general va revistiéndose y poniéndose en carácter para representar cada uno de los distintos personajes, en forma gradual y desde los más simples y sencillos á los más complicados y difíciles; recorre todos los reinos y todos los grados en ellos existentes, todos los mundos y todos los universos, ascendiendo siempre en la escala del desarrollo mental, facultad esencial sólo del Espíritu ó principio más simple, Supremo y Único; y obedeciendo á tal proceso, todos los demás órdenes, el pasional, el fluídico y el físico, los que no son sino modificaciones aparentes del primordial y Supremo dicho, dispuestos convenientemente á servir con precisión en cada una de las posiciones que adopte el dicho principio subjetivo ó causal.

Los principios de vida y de mentalidad más desarrollados que existen actualmente en la Tierra proceden del planeta Luna, en el que cesaron las condiciones de habitabilidad para ellos, en forma y condiciones que puede verse en la grandiosa obra de H. P. Blavatsky titulada *Doctrina Secreta;* y así, los mismos principios causales al término de vida de nuestro planeta pasarán á otro nuevo astro en condiciones adecuadas á la persecución de su evolución ordenada y siempre ascendente.

J. ROJIDO MOREIRA

MOVIMIENTO TEOSÓFICO

Nuevas ramas. La Sección Finlandesa ha aumentado sus Ramas con una más, creada el 12 de Marzo último en Vasa, con el nombre de «Tähti» cuyo Presidente es Mr. J. E. Hölsö y el Secretario, Mr. J. E. Vainionpää. Su dirección es: Kasarmikatu, 33, Vasa, Finlandia.

La Sección India también se ha enriquecido con dos Ramas más: la Rama «Mahadeva», con carta de 4 de Abril; Presidente, Mr. K. Manathmaintha Desikar; Secretario, Mr. S. Somasundaram Chettiar. Dirección: Valivalam, B. O., Tanjore District. Y la Rama «Chodavaram», con carta de 14 de Abril; Presidente, Mr. R. Jagannatha Sastry; Secretario, Mr. K. Narasimham. Dirección: 2 and. Grade Pleader, Chodavaram, Vizagapatam, District.

Las Ramas no agrupadas en sección cuentan con otra más en Port Louis, Mauricio, llamada «Mauritius»; Presidente, Mister Soobrayen Amoordazomy; Secretario, Dr. G. Sénéque. Dirección: Beau Bassin, Port Louis, San Mauricio.

T.

* * *

La Rama «Arjuna» de Barcelona, acaba de fundar una Biblioteca Teosófica, pública y gratuita, donde tendrán acceso cuantas personas lo soliciten.

En el mismo local todos los sábados de nueve á once se celebrarán conferencias teóricas y de controversia ó lecturas comentadas.

Muy de celebrar es, en verdad, la iniciativa y el entusiasmo de la citada Rama, y es de desear que sus esfuerzos se vean coronados con el mayor éxito. Plácemes y muchos plácemes merece tan feliz idea, y cuenten con el elogio de todos los teosofistas españoles los iniciadores de esa gran obra destinada á dar su fruto en la ocasión.

En la comunicación que se nos hace participándonos tan grato acontecimiento, se nos dice también lo que sigue, que con gusto reproducimos para conocimiento de nuestros amigos:

«La «Rama Arjuna» de Barcelona, como parte integrante de la Sociedad Teosófica, cumple su misión haciendo un llamamiento á todos los elementos de esta capital y fuera de ella que con seriedad, cultura y buen sentido estén dispuestos á ayudarnos en la exposición y dilucidación de los grandes problemas humanos, aportándonos sus conocimientos y actividades para realizar la comunión y concordia entre las distintas tendencias científicas, filosóficas y religiosas, sobre la base de la más amplia libertad, tolerancia y respeto mutuos. Esto puede determinar una mayor armonía en los diferentes aspectos de la acción social.

»En esta Biblioteca pública, y para mayor fomento y éxito de la misma, se admitirán libros, láminas, fotografías y otros medios de cultura que sean útiles para el acrecentamiento del saber humano, quedando en ella á la disposición de los concurrentes para su estudio, quienes durante dos horas diarias podrán emplear cuanto posea dicha Biblioteca.

»Además, para mejor cumplir el propósito expuesto, todos los Sábados por la noche se darán en la Biblioteca conferencias ya públicas, ya de convocatoria privada, que podrán versar sobre estudios comparados, pláticas, controversias y todo cuanto contribuya á la labor propuesta, con el fin de que sirva de verdadera tribuna libre para la emisión del pensamiento en toda su amplitud é intensidad.

NOTA. La correspondencia, donativos, ofertas y consultas, pueden dirigirse al Bibliotecario, D. Luis Aguilera, Calle de la Piedad, 10, bajo, Barcelona.»

* * *

Concurso interesante. Llamo la atención de nuestros lectores hacia el hecho de que la Universidad de Leiden, Holanda, ha publicado las referencias á un premio, el cual es de gran interés para los teosofistas, y creo que algunos de nuestros lectores pueden optar á él.

La notificación es como sigue:

«El extenso material recogido para aclarar las investigaciones etnológicas é histórico-religiosas, y la publicación de textos mágicos, han hecho prever la posibilidad de reconstruir sobre fundamentos especiales, la mutua relación que debe existir entre la religión y la magia. Considerando esto, el Consejo del «Legado Stolpian» desea publicar el siguiente premio sobre este tema: «¿Cuál es la mutua relación entre la religión y la magia?»

»Las respuestas á esta cuestión han de recibirse antes del 31 de Diciembre de 1909, por el Presidente del Legado, que es el profesor Dr. P. D. Chantepie de la Saussaye, Leidem. Dichas respuestas deberán ir redactadas en alemán ó latín, marcadas con un lema y acompañadas por pliego cerrado, en cuyo sobre se consignará el mismo lema y en su interior el nombre y dirección del autor.

»La respuesta aprobada se premiará con una medalla de oro,

de un valor intrínsico de 20 libras esterlinas y 8 en metálico, ó si se prefiere todo en metálico.»

Si alguno de nuestros miembros se siente capaz de responder á dicha pregunta, y no puede redactarla en alemán ó latín, puede hacerlo en inglés y presentar una traducción en uno de los idiomas citados.

H. F. VAN GINKEL

(De *The Vahan*, de Julio 1908).

BIBLIOGRAFÍA

El Baghavad Gita.—Versión castellana de Federico Climent y Terrer.—R. Maynadé. «Biblioteca Orientalista», Princesa, 14. Barcelona.—Un volumen.—Precio: 2,50 ptas.

Agotada hace tiempo la versión de este célebre poema, que hiciera hace años nuestro amigo y hermano el Sr. Roviralta y Borrell, el activo editor de nuestras publicaciones, Ramón Maynadé ha lanzado esta nueva versión, debida á D. Federico Climent, hecha sobre la inglesa de Annie Besant, Presidente actual de la Sociedad Teosófica.

La importancia y el valor de esta versión, su oportunidad también y la necesidad que satisface, no hemos de señalarlas nosotros, porque son suficientemente conocidas del público.

La versión del Sr. Climent es castiza, cuidosa, esmerada; y ha puesto en ella las mejores notas que los comentadores del poema han ido añadiendo al mismo.

Acompaña á esta obra el *Uttara Gitta*, canto también del *Mahabharata*, que sirve de ilustración y apéndice al libro.

La condición tipográfica y editorial de esta nueva edición la recomiendan, además, por sí misma. La claridad de los tipos, la calidad del papel, lo manuable del libro, han de contribuir poderosamente no ya al éxito editorial, sino á la edificación y cultura del público, que podrá llevar la obra constantemente consigo y meditarla en los mejores momentos.

Eterno este libro, todos los días se comenta y estudia, y no pasa un segundo en el tiempo sin que la humanidad deje de leerla. Su antigüedad, últimamente, una persona autorizada y competente trata de hacerla mayor de lo que se ha dicho hasta la fecha, y remonta el origen del libro y su primitiva redacción á 3137 años de J. C. (Véase *The Theosophits* de Junio último.

La casa del Sr. Maynadé ha publicado también recientemente las siguientes obras, de que nos hemos de ocupar como merecen:

Annie Besant: *El Yoga. La Sabiduría antigua.*—M. Collins: *Por las Puertas de Oro.*—Dr. Hartman: *Los elementales.*—C. W. Leadbeater: *Clarividencia.*

Tiene, además, en preparación, *El mundo oculto*, de Sinnett, y otras de Annie Besant y C. W Leadbeater.

U.

Práctica de la vida teosófica, artículo publicado en inglés por *The Adyar Bulletin*, órgano de la Sede Central de la Sociedad Teosófica en la India. Traducido por un miembro de la Rama Hiranya.—Montevideo (Uruguay).

Hemos recibido varios ejemplares de este folleto, que contiene un artículo publicado por H. P. Blavatsky en uno de los primeros números de *Lucifer*, revista inglesa que hoy aparece con el título de *The Theosophical Review*.

En síntesis, es una exhortación á la Sociedad Teosófica para que emprenda su gran tarea como campeón de la Sabiduría divina, la que bien podría ser madre de una civilización mejor, y para que se prepare á construir los cimientos de esa civilización de un modo digno de los futuros maestros constructores.

Los lectores nos dispensarán copiemos algunos párrafos de los muchos interesantes que contiene este este trabajo.

Hablando de la Sociedad Teosófica como Asociación, dice:

«Sus adeptos deben, ante todo, dar ejemplo de una moralidad tan seguramente trazada como firmemente aplicada, antes de obtener el derecho de señalar, ni aun con bondadosa intención, la ausencia de una entidad ética ó de sinceridad de propósitos en otras Asociaciones ó individuos. Ningún teosofista deberá censurar á un hermano ni dentro ni fuera de la Asociación, ni arrojar manchas sobre las acciones de otros ó denunciarlas, para no perder él mismo el derecho de ser considerado teosofista; porque como tal, tiene que separar su mirada de las imperfecciones del prójimo y concentrar más bien su atención en los propios defectos, con objeto de corregirlos y hacerse mejor.»

Y en otra parte: «En los dominios de la Teosofía, *nadie está obligado á desbrozar mayor extensión de terreno que la que le permiten su fuerza y su capacidad.*»

Este interesante folleto está editado para ser un «obsequio de la Rama Hiranya á los hermanos de habla castellana». Nosotros los felicitamos cordialmente por su afortunada labor.

T.

Artes Gráficas: J. Palacios. Arenal, 27.